

**2**

## El pico del petróleo y el imperialismo energético

**John Bellamy Foster,  
Brett Clark y Richard York**

El auge del militarismo declarado y del imperialismo a comienzos del siglo XXI puede atribuirse en gran medida a los intentos de los intereses dominantes en la economía mundial por hacerse con el control de las menguantes provisiones mundiales de petróleo.<sup>1</sup> A partir de 1998, desde círculos de la seguridad nacional de los Estados Unidos se han lanzado una serie de iniciativas energéticas estratégicas en respuesta a: (1) el cruce del umbral del 50% en las importaciones estadounidenses de petróleo extranjero; (2) el desvanecimiento de la capacidad mundial no utilizada para la producción de petróleo; (3) la concentración en el golfo Pérsico de un porcentaje cada vez mayor de los recursos petrolíferos que aún quedan, y (4) los próximos temores de alcanzar el pico de producción de petróleo.

La respuesta de los intereses creados a esta crisis mundial del suministro de petróleo ha sido el desarrollo de lo que Michael Klare ha denominado en *Blood and Oil* [Sangre y petróleo] una «estrategia [global] de máxima extracción».<sup>2</sup> Para eso, era necesario que los Estados Unidos, como potencia hegemónica, con el respaldo de los demás estados capitalistas principales, intentaran extender su control sobre las reservas mundiales de petróleo con el objeto de incrementar la producción. Vistos desde esta perspectiva, la invasión y la ocupación de Afganistán (vía geopolítica para el acceso de Occidente al petróleo y el gas natural de la cuenca del mar

---

• Artículo publicado en *MR*, vol. 60, nº 3, julio-agosto de 2008, pp. 12-33. Traducción de Joan Quesada.

Caspio) después de los atentados del 11-S, la invasión de Irak en 2003, la rápida expansión de las actividades militares estadounidenses en el golfo de Guinea (donde Washington considera que está en competencia con Pekín) y las crecientes amenazas que ahora se dirigen contra Irán y Venezuela, son síntoma todos ellos del surgimiento de una nueva era de imperialismo energético.

### La geopolítica del petróleo

En abril de 1998, los Estados Unidos importaron por primera vez la mayor parte del petróleo que consumieron. El cruce de ese umbral apuntaba hacia un muy rápido incremento de la dependencia estadounidense del petróleo extranjero. Al mismo tiempo, los temores de que el mundo alcanzaría pronto el pico de producción de petróleo empezaron a cobrar prominencia y a figurar de forma muy notable en las discusiones del *establishment* entre bastidores. Un acontecimiento crucial fue la publicación en la revista *Scientific American* en marzo de 1998 de «The End of Cheap Oil» [El final del petróleo barato], escrito por los geólogos retirados de la industria petrolera Colin J. Campbell y Jean H. Laherrère. «El final del petróleo barato» predecía que la producción mundial de petróleo alcanzaría su cima «probablemente dentro de 10 años». El artículo de Campbell y Laherrère y la cuestión del pico de petróleo llamaron inmediatamente la atención de la Agencia Internacional de la Energía (AIE), organismo de la OCDE, en su *World Energy Outlook* [Perspectivas energéticas mundiales] de 1998. La AIE afirmaba que, aun adoptando los supuestos de las personas pesimistas sobre la verdadera magnitud de las reservas mundiales de petróleo y la existencia de una curva de producción en forma de campana (aunque sin el pronunciado ascenso del precio del petróleo que sugería Campbell), su propio modelo de abastecimiento a largo plazo «no tocaría techo hasta aproximadamente 2008-2009». Además, si se empleaban los supuestos propios de la AIE con respecto a las reservas mundiales, dicho pico se retrasaba hasta una década más tarde.<sup>3</sup> Aun así, tampoco eso es demasiado lejos. El hecho de que la producción británica de petróleo en el mar del Norte alcanzara su techo en 1999 (la producción noruega lo hizo dos años después) provocó un sentimiento de urgencia aún mayor.

Matthew Simmons, presidente de la banca de inversiones energéticas Simmons and Company International, con sede en Houston, y miembro del Consejo Nacional del Petróleo y del Consejo de Relaciones Exteriores, publicó un artículo en *Middle East Insight* en 1999 en el que resaltaba el

JOHN BELLAMY FOSTER, BRETT CLARK Y RICHARD YORK • 45

agotamiento «mucho más rápido» de todos los campos petrolíferos derivado de la alta tecnología de extracción. Más que extender la vida de los campos petrolíferos, como se había supuesto previamente, la introducción de ese tipo de tecnología era muy probable que hubiera acelerado su agotamiento. En referencia a los campos petrolíferos «que entraron en producción después de 1970», Simmons señalaba que «casi todos esos nuevos campos ya han alcanzado su techo de producción y están experimentando ahora rápidas tasas de descenso [...] Y, cuando la base estable de los campos antiguos, y gigantes, empiece también a agotarse», se preguntaba: «¿cómo incidirá eso en la tasa media mundial de agotamiento?»<sup>4</sup>

En el año 2000, las preocupaciones de Simmons sobre la disminución de las provisiones de petróleo lo llevaron a convertirse en asesor energético en la campaña presidencial de George W. Bush. Tal y como él mismo explicaba en una entrevista en febrero de 2006, había «llevado a un lado» al «primo hermano» de Bush a principios de marzo del año 2000 para contarle una conversación que había sostenido antes con un ayudante del secretario de Energía, Bill Richardson, al que habían enviado a examinar la capacidad de producción no utilizada de los países de la OPEP. Simmons informaba al primo de Bush de la siguiente forma:

Le dije: «Cuando alguien que es director de la política petrolera estadounidense te llama y [dice “¡mierda!”] unas cinco veces en 20 segundos, la cosa está mucho peor de lo que nos han advertido». Le dije: «Desde este momento hasta las elecciones, si todo esto estalla y Bush no está bien informado, tal vez él pronuncie mal el nombre de todos los jefes de Estado del mundo, pero a ti esto, esto te hundirá». Y eso fue lo que me llevó a contribuir a la elaboración del plan energético integral que Bush presentó como candidato.<sup>5</sup>

Simmons fue miembro del Comité Asesor para la Transición Energética de Bush-Cheney, y los asesoró sobre las crecientes limitaciones existentes que pesaban sobre el petróleo. Su libro de 2005, *Twilight in the Desert: The Coming Saudi Oil Shock and the World Economy* [Penumbra en el desierto: la próxima conmoción petrolera en Arabia Saudita y la economía mundial], en el que sostiene que es inminente que Arabia Saudita alcance su pico de producción de petróleo, se ha convertido en una de las obras más influyentes entre las que proponen la idea del pico de petróleo.<sup>6</sup>

La Administración para la Información sobre la Energía (EIA en sus siglas en inglés), del Departamento de Energía estadounidense, llevó a cabo una evaluación exhaustiva del tema del pico de petróleo ya en julio del año 2000, y consideró distintos escenarios posibles. Al contrario que quienes

pensaban que el pico del petróleo tendría lugar «en fecha tan temprana como 2004», la EIA llegaba a la conclusión de que «la producción mundial de petróleo convencional es posible que continúe creciendo durante dos o más décadas, antes de empezar a descender». Sin embargo, el propio análisis no resultaba en modo alguno tranquilizador para los intereses creados, ya que sugería que el pico mundial de producción de petróleo podía alcanzarse tan pronto como en 2021.<sup>7</sup>

Todas esas preocupaciones relativas al abastecimiento mundial de petróleo que comenzaron a introducirse en los pasillos del poder en el periodo de 1998-2001 llevaron a un debate de largo alcance dentro de los círculos interiores de los Estados Unidos sobre la naturaleza del problema de la extracción de petróleo y los medios estratégicos con los que mitigarlo. El debate se fundió cada vez más con cuestiones más generales sobre la expansión del imperio estadounidense planteadas por grupos tales como el Proyecto para un Nuevo Siglo Estadounidense [*Project for a New American Century*].<sup>8</sup>

En julio de 1998, el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales (CSIS en sus siglas en inglés) lanzó su «Iniciativa Energética Estratégica», a requerimiento del ex presidente del Comité de Servicios Armados del Senado, Sam Nunn, y del antiguo secretario de Defensa (y ex secretario de Energía), James R. Schlesinger. En noviembre del año 2000, la Iniciativa Energética Estratégica publicó un informe de tres volúmenes, *The Geopolitics of Energy into the 21<sup>st</sup> Century* [La geopolítica de la energía a la entrada del siglo XXI], con Nunn y Schlesinger como copresidentes. Este subrayaba que el golfo Pérsico debía incrementar la producción de energía «en casi un 80% en el periodo 2000-2020» a la vista del aumento de la demanda y el descenso de la producción de petróleo en el resto del mundo para cubrir las necesidades energéticas mundiales.

La cuestión de la posibilidad de alcanzar el pico de petróleo en la década de 2000 a 2010 también se examinó, tomando como centro de las consideraciones los argumentos de Campbell y Laherrère y de Simmons. La Iniciativa Energética Estratégica del CSIS rechazó oficialmente la idea de que el techo mundial de producción de petróleo se alcanzase ya en 2010. No obstante, su informe trataba la cuestión del pico de petróleo con absoluta seriedad. Como «única superpotencia», declaraba, los Estados Unidos tenían «una responsabilidad especial en la preservación del suministro mundial de energía» y «del acceso abierto» al petróleo mundial. A lo largo del informe se subrayaba la necesidad de encontrar el modo de aumentar las exportaciones de petróleo de Irak e Irán, sometidos ambos a sanciones económicas por parte de los Estados Unidos.<sup>9</sup>

JOHN BELLAMY FOSTER, BRETT CLARK Y RICHARD YORK • 47

En 2001, el Instituto James Baker III para la Política Pública, de la Universidad de Rice, y el Consejo de Relaciones Exteriores, copatrocinaron un estudio sobre los *Retos estratégicos de la política energética para el siglo XXI* [*Strategic Energy Policy Challenges for the 21<sup>st</sup> Century*], presidido por el analista energético Edward L. Morse. En el equipo de trabajo había tanto personajes optimistas con respecto al petróleo, como Morse y Daniel Yergin, de la Asociación para la Investigación Energética de Cambridge [*Cambridge Energy Research Associates*], como pesimistas tales como Simmons, defensor de la tesis del pico del petróleo. El informe del Instituto Baker/Consejo de Relaciones Exteriores insistía en que las reservas mundiales de petróleo eran adecuadas para las próximas décadas, pero afirmaba que el petróleo mundial se enfrentaba a un «suministro ajustado» debido a la «insuficiente inversión» en capacidad productiva y a los «Estados volátiles». El exceso de capacidad de producción se había «desvanecido» y había caído hasta niveles «desdeñables» debido en parte a que los países productores de petróleo dedicaban los ingresos petroleros a proyectos sociales, en lugar de invertir en nueva capacidad productiva.

En esa situación, el informe del Instituto Baker/Consejo de Relaciones Exteriores señalaba que Irak se había convertido en un «productor oscilante» de petróleo de importancia crucial, que operaba muy por debajo de su capacidad y que, el año anterior, había «abierto y cerrado los grifos cuando había tenido la sensación de que iba en beneficio de sus intereses estratégicos». Eso representaba un peligro cada vez mayor para la economía capitalista mundial, que incluía la «posibilidad de que Saddam Hussein retirara el petróleo iraquí del mercado durante un periodo prolongado». De hecho, «las reservas iraquíes», resaltaba el informe de política energética estratégica, «suponen un importante activo capaz de añadir capacidad rápidamente a los mercados mundiales de petróleo y de inyectar un talante más competitivo al comercio de petróleo». Era esencial invertir en potenciar la capacidad iraquí de producción petrolera. El problema era qué podía hacerse con Saddam Hussein.

Sobre todo, enfatizaba el informe del Instituto Baker/Consejo de Relaciones Exteriores, lo que estaba en juego era extremadamente importante, ya que existía el peligro de que el aumento de los precios del petróleo y la escasez de suministro hicieran «que los Estados Unidos aparecieran como algo más similar a un país pobre en vías de desarrollo».

La solución era que las potencias occidentales, lideradas por los Estados Unidos, tuvieran un papel más directo en el desarrollo de los recursos petroleros mundiales. Eso iría acompañado de la sustitución de la economía política del petróleo de entonces, dominada por compañías petroleras

nacionales surgidas del auge del «nacionalismo de los recursos» en el Tercer Mundo, por una economía política en la que las corporaciones petroleras multinacionales con base en las economías capitalistas avanzadas volvieran a hacerse cargo de las reservas y las inversiones.<sup>10</sup>

A esos informes sobre política energética estratégica elaborados por analistas de la seguridad nacional siguió en mayo de 2001 la publicación por parte de la Casa Blanca de su *Política Energética Nacional [National Energy Policy]*, elaborada bajo la dirección del vicepresidente Dick Cheney. Esta insistía también en la necesidad que tenían los Estados Unidos de seguridad en materia de petróleo, y señalaba que la producción total de petróleo del país había caído un 39% por debajo del techo alcanzado en 1970 y que la dependencia de las importaciones de petróleo extranjero podía aumentar hasta representar casi dos tercios del consumo total de gasolina y combustible para calefacción para el año 2020. El presidente Bush avisaba en mayo de 2001 de que la dependencia del crudo extranjero ponía la «seguridad energética nacional» en manos de «naciones extranjeras, algunas de las cuales no comparten nuestros intereses».

En términos de la previsión de suministros mundiales de petróleo a largo plazo, el informe *Perspectivas energéticas internacionales* del Departamento de Energía estadounidense preveía la necesidad de doblar la producción de petróleo del golfo Pérsico con respecto a los niveles de 1999 para el año 2020 a fin de cubrir la demanda mundial esperada. Sin embargo, esa optimista predicción era imposible de cumplir sin una enorme inversión en ampliación de capacidad extractiva en el golfo Pérsico que ciertos Estados clave, como Irak e Irán, e incluso Arabia Saudita, no parecía probable que emprendieran. La producción de crudo iraquí en 2001 fue un 32% menor que en 1979, mientras que la de Irán había caído un 37% aproximadamente desde 1976. Se consideraba que ambas naciones estaban infraproduciendo debido a una infrainversión y a los efectos de las sanciones. La AIE calculaba que los Estados del golfo Pérsico deberían invertir más de medio billón de dólares en nuevos equipos y tecnología para ampliar su capacidad de producción de petróleo para 2030 a fin de cubrir los niveles previstos de producción de petróleo.<sup>11</sup>

Los analistas energéticos y de seguridad nacional, así como las compañías energéticas privadas y la Administración Bush, habían llegado, pues, para la primavera de 2001 a la conclusión de que, aunque existían aún sustanciales reservas de petróleo, la capacidad era extremadamente justa, lo que presagiaba una serie de conmociones en el precio del petróleo. Sólo un gran aumento de la producción de petróleo en todo el golfo Pérsico podía evitar que existiera una enorme distancia entre la producción y la deman-

JOHN BELLAMY FOSTER, BRETT CLARK Y RICHARD YORK • 49

da de petróleo en las dos próximas décadas. Y tras todo eso, acechaba el espectro del pico de producción de petróleo.

Más que intentar resolver el problema por el lado de la demanda y disminuir el consumo, la Administración Bush recurrió, como habían hecho todas las administraciones anteriores, a los militares como última garantía. Tal y como escribía Michael Klare en su obra *Blood and Oil* [Sangre y petróleo]:

En los meses anteriores y posteriores al 11-S, la Administración Bush diseñó una estrategia integral para el dominio estadounidense del golfo Pérsico y para procurarse cantidades cada vez mayores de petróleo. Es poco probable que esa estrategia quedara formalizada alguna vez en un único documento de la Casa Blanca que la incluyera en su totalidad. La Administración adoptó más bien una serie de políticas que, en su conjunto, constituían un programa de acción política, económica y militar en el golfo. Ese enfoque (que yo denomino estrategia de máxima extracción) tenía como finalidad básica incrementar la producción de petróleo de los grandes productores del golfo. Sin embargo, dado que los aumentos que se pretendían podían estar condenados al fracaso debido a la inestabilidad y el conflicto en la región, la estrategia implicaba también un aumento de la intervención militar.<sup>12</sup>

Militarmente, se trataba de reforzar a Arabia Saudita a la vista de los crecientes indicios de inestabilidad, de efectuar un cambio de régimen en Irak y de ejercer la máxima presión sobre Irán. Algunas figuras clave de la Administración Bush, como Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz, ya habían presionado a favor de la invasión de Irak incluso antes de las elecciones. Cuando se produjeron los ataques del 11-S, la «Guerra contra el Terrorismo» condujo en primer lugar a la invasión de Afganistán, lo que otorgaba a los Estados Unidos una puerta geopolítica de entrada en Asia central y la cuenca del mar Caspio (y una ruta para un oleoducto). A esta siguió la invasión de Irak en 2003. Desde el punto de vista de la geopolítica del petróleo, la expulsión de Saddam Hussein y la ocupación de Irak se consideraba que reforzaban la seguridad del petróleo de Oriente Medio, ofrecían la posibilidad de incrementar fuertemente la producción de petróleo iraquí y proporcionaban un terreno desde el que perpetrar un aumento del dominio militar, político y económico del golfo. El control estratégico de Oriente Medio y de su petróleo por parte de los Estados Unidos se consideraba clave para sentar las bases de un «nuevo siglo estadounidense».

Tal y como afirmaba en 2007 el ex presidente de la Junta de la Reserva Federal Alan Greenspan, principal cargo económico estadounidense durante todo ese periodo, en su libro *La era de la turbulencia*: «Me entristece que sea políticamente incorrecto reconocer lo que todos saben: que la

guerra de Irak está relacionada en gran medida con el petróleo». La invasión estadounidense de Irak, afirmaba Greenspan, debía contemplarse sobre el trasfondo de las anteriores intervenciones militares occidentales con el fin de asegurarse el petróleo de la región, por ejemplo: «la reacción ante la nacionalización del petróleo anglo-iraní perpetrada por Mossadeq en 1951 y la obligada marcha atrás en esta [que acabó con el derrocamiento por la CIA del primer ministro iraní Mossadeq y la colocación del sha en 1953] y los intentos abortados de Gran Bretaña y Francia en 1956 de forzar la marcha atrás en la nacionalización del canal de Suez, enclave crucial para la circulación del petróleo hacia Europa». Para Greenspan —principal portavoz del capital financiero en la década de 1990 y comienzos de la de 2000—, la intervención estadounidense en Irak y el incremento de su presencia militar en Oriente Medio se justificaban por el hecho de que «el crecimiento mundial a lo largo del próximo cuarto de siglo en tasas acordes con el último cuarto de siglo requerirá entre una cuarta parte y dos quintas partes más petróleo que el que hoy en día se utiliza». Y ese enorme aumento de la producción de petróleo debía proceder del golfo Pérsico, donde se ubicaban dos tercios de las reservas mundiales y, por eso, la mayor parte de la capacidad de incrementar la extracción.<sup>13</sup>

Aunque la Administración Bush criticó las afirmaciones de Greenspan, la importancia central del petróleo en la ocupación de Irak era algo que no podía negar fácilmente. En un discurso televisado el 13 de septiembre de 2007 en horario de máxima audiencia, Bush declaraba que, si los Estados Unidos se retiraban de Irak, «los extremistas podían hacerse con el control de una porción clave de los suministros globales de energía».<sup>14</sup>

### **El pico de producción de petróleo: ¿Un punto de inflexión global?**

En los cinco años que han transcurrido desde que los Estados Unidos invadieron Irak, el problema del abastecimiento mundial de petróleo ha empeorado drásticamente. Antes de la guerra, los cálculos del potencial iraquí para aumentar la producción de petróleo sugerían que un Irak libre de sanciones podría en una década incrementar la producción de crudo desde el anterior máximo de 3,5 millones de barriles diarios (mb/d), en 1979, hasta 6 o incluso 10 mb/d.<sup>15</sup> Por el contrario, la producción media anual de Irak en 2007 había descendido hasta un 13% por debajo del nivel de 2001, y había pasado de 2,4 a 2,1 mb/d. La producción de petróleo en el conjunto del golfo Pérsico descendió un 4% en el periodo 2005-2007, lo que



JOHN BELLAMY FOSTER, BRETT CLARK Y RICHARD YORK • 51

estuvo acompañado por el estancamiento de la producción mundial de petróleo en general.<sup>16</sup>

En el momento en que las tropas estadounidenses llegaron a Bagdad, el pico de petróleo ya era un espectro que se cernía sobre el planeta. Hoy en día, está presente en todas las discusiones del *establishment* sobre el tema del petróleo mundial. El pico del petróleo no es lo mismo que quedarse sin petróleo. Lo que significa es sencillamente alcanzar el techo y, a continuación, entrar en un declive terminal de la producción de petróleo tal y como determinan los factores básicamente geológicos y tecnológicos. La extracción de petróleo de un pozo en particular suele describir una curva simétrica en forma de campana en la que la extracción aumenta constantemente, por ejemplo, un 2% al año, hasta que se llega a un techo cuando se ha extraído aproximadamente la mitad del petróleo accesible. Dado que la producción de petróleo de un país entero no es más que el resultado de sumar la extracción de los pozos individuales, es de esperar que la producción nacional de petróleo describa también una curva en forma de campana. Los geólogos se han acostumbrado a calcular el momento en el que la producción de un país tocará su techo. El iniciador de los métodos utilizados fue el geólogo M. King Hubbert, en la década de 1950, quien predijo acertadamente que el pico de producción de petróleo en los Estados Unidos se alcanzaría en 1970. Por eso, el pico final de producción petrolera se denomina a veces el «pico de Hubbert».

El pico de petróleo se considera por lo general como el techo de abas-  
tecimiento de petróleo crudo convencional, en el que se basan los princi-  
pales cálculos de las reservas petroleras. Existen también fuentes no con-  
vencionales de producción petróleo a un coste mucho mayor y con una  
tasa mucho menor de retorno de energía por energía invertida (tasa de  
retorno energético o TRI). Entre estas figuran el crudo pesado, el proceden-  
te de arenas petrolíferas y el de pizarras bituminosas. Con la subida del  
precio del petróleo, algunas de esas fuentes se vuelven más explotables,  
pero también a un coste mucho mayor (tanto monetario como para el  
medioambiente). Se calcula que hace falta gastar el equivalente a dos de  
cada tres barriles producidos para costear la energía y demás costes asocia-  
dos a la extracción de petróleo de las arenas de alquitrán de Alberta. Se  
necesitan 1.000 millones de pies cúbicos (28,5 millones de m<sup>3</sup> aproxima-  
damente) de gas natural para generar un millón de barriles de petróleo sin-  
tético a partir de arenas petrolíferas. Hay que extraer dos toneladas de  
arena para obtener un barril de petróleo. La minería de las arenas petrolí-  
feras requiere también enormes cantidades de agua, y se producen casi 10  
litros (2,5 galones) de residuos tóxicos líquidos por cada barril de petróleo

que se extrae. Esos residuos líquidos se almacenan en enormes «estanques de desechos» que se expanden rápidamente. Los costes económicos y medioambientales son, así pues, prohibitivos. En consecuencia, el pico de petróleo representa inevitablemente el fin del petróleo barato.<sup>17</sup>

Un elemento crucial del argumento del pico de petróleo es que el descubrimiento de yacimientos petrolíferos en todo el mundo llegó a la cima en la década de 1960, y el tamaño medio de los nuevos yacimientos también ha descendido con el tiempo. Quienes sostienen que el pico de petróleo es inminente insisten en que los cálculos de reservas probadas suelen exagerarse por razones políticas, y es posible que las reservas realmente extraíbles sean considerablemente menores. Consideran que la idea convencional de que quedan cuarenta años de producción de crudo al ritmo de extracción actual es engañosa, ya que exagera las reservas que existen bajo tierra y resta importancia al hecho de que la economía necesita que la demanda de petróleo y los niveles de producción vayan en aumento.

La crisis del pico de petróleo es más pronunciada que la crisis energética más general, ya que el petróleo no solo es el combustible más versátil, sino que es también el combustible líquido preeminente en el transporte, para el que no existe un fácil sustituto en las cantidades requeridas. Por lo tanto, más de dos tercios de la demanda de petróleo en los Estados Unidos lo es en forma de consumo de gasolina y gasóleo por parte de coches y camiones. Un pico inminente de la producción de petróleo convencional representa, pues, un golpe a una parte vital de la economía capitalista existente. Supone la posibilidad de un drástico desbarajuste económico y una drástica ralentización.<sup>18</sup>

El debate sobre el pico de petróleo, que con frecuencia ha cobrado un carácter virulento en la década pasada, ha quedado reducido en la actualidad a dos posturas básicas. Una de ellas es la de los «defensores iniciales del pico de petróleo» (a menudo considerados los verdaderos defensores de la tesis). Esos analistas sostienen que el pico de petróleo se alcanzará probablemente entre 2010 y 2012, y es incluso posible que se haya alcanzado ya en 2005 o 2006. La postura alternativa, representada por los «defensores tardíos», es que el pico de la producción mundial de petróleo no se alcanzará hasta 2020 o 2030.<sup>19</sup> En consecuencia, existe un creciente consenso con respecto a que el pico de petróleo es o será pronto una realidad. Ahora la cuestión principal es con qué prontitud, y si ya nos está afectando.

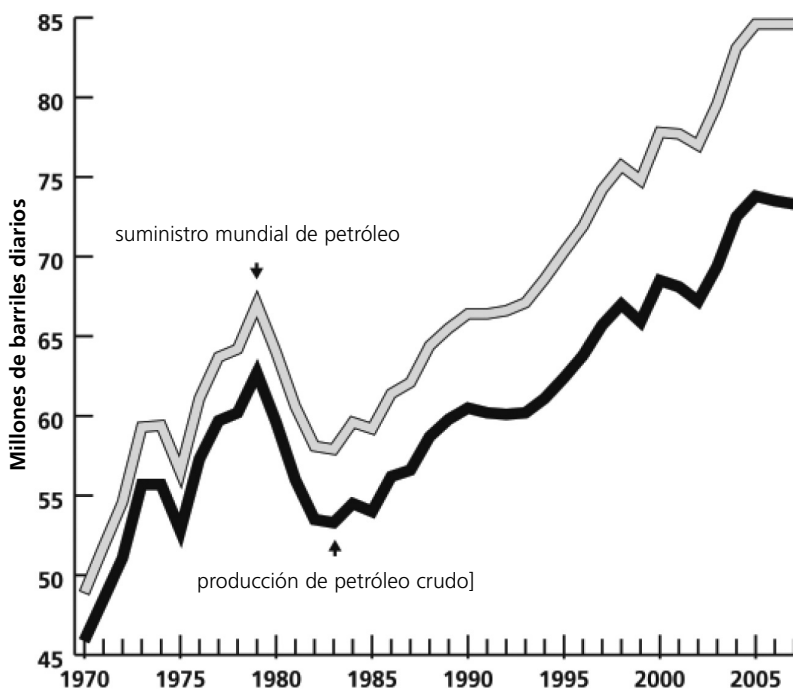
Una consideración adicional es si la producción mundial de petróleo se enfrenta a una curva clásica en forma de campana, que culmina en una esbelta cima redondeada, seguida rápidamente de un declive (dentro de lo

JOHN BELLAMY FOSTER, BRETT CLARK Y RICHARD YORK • 53

que puede considerarse una curva simétrica), o si la producción alcanzará una meseta y permanecerá en ella durante un tiempo antes de descender. De hecho, el abastecimiento mundial parece que ya ha alcanzado una meseta en los tres últimos años en un nivel de 85 mb/d. Por consiguiente, eso ha otorgado crédito a la idea de que esa es la forma que inicialmente adoptará el pico de producción.

El gráfico 1 muestra la producción/suministro mundial de petróleo desde 1970 hasta 2007. Según la definición de la AIE (y de la EIA, que ha adoptado un enfoque prácticamente idéntico), «petróleo» incluye «todos los combustibles líquidos y se contabiliza a partir de los productos. Entre sus fuentes están los líquidos y condensados de gas natural, las ganancias de volumen tras el procesamiento en la refinería y la producción de petróleo convencional y no convencional». El petróleo convencional o crudo es

**Gráfico 1: Producción y suministro mundial de petróleo**



Fuente: Administración para la Información Energética, Departamento de Energía estadounidense, *International Petroleum Monthly*, abril de 2008, <http://www.eia.doe.gov/ipm/supply.html>, tablas 1.4d y 4.4.

petróleo inmediatamente procesable «producido por las reservas subterráneas de hidrocarburos mediante pozos de producción». El petróleo no convencional es el procedente de otros procesos, como el gas natural licuado, las arenas petrolíferas, las pizarras bituminosas, la licuefacción de carbón, los biocombustibles «y/o [otros combustibles que] [...] requieren un procesamiento adicional para obtener crudo sintético».<sup>20</sup> La línea inferior del gráfico 1, etiquetada como «producción de petróleo crudo», refleja simplemente la producción de petróleo convencional. La línea superior, etiquetada como «suministro mundial de petróleo», incluye también fuentes no convencionales, más las ganancias (o pérdidas) netas en el proceso de refinación. La línea de la «producción de petróleo crudo» muestra un leve descenso en el periodo 2005-2007 como reflejo del hecho de que la producción de petróleo crudo bajó de una media de 73,8 mb/d en 2005 a 73,3 mb/d en 2007. Sin embargo, la línea de «suministro mundial de petróleo» se mantiene en un nivel de 85 mb/d aproximadamente debido al aumento compensatorio de las fuentes no convencionales en el mismo periodo, lo que produce algo más parecido a una meseta bien definida.

Al explicar que la meseta es el resultado inicial más probable en el plano mundial, Richard Heinberg, uno de los principales defensores de la tesis del pico de petróleo, escribe:

¿Por qué una meseta? La producción de petróleo está constreñida por las condiciones económicas (en un momento de empeoramiento económico, la demanda de petróleo disminuye), así como por acontecimientos políticos tales como guerras y revoluciones. Además, la forma de la curva de producción se ve modificada por la creciente disponibilidad de fuentes de petróleo no convencionales (entre ellas el petróleo pesado, las plantas de gas natural licuado y las arenas petrolíferas), además de por las nuevas tecnologías de extracción. El efecto combinado de todos esos factores es la amortiguación del pico y el alargamiento de la curva de declive.<sup>21</sup>

La idea de que se está creando una meseta en parte geológico-técnica y en parte político-económica ha pasado a ser la opinión imperante en la industria. En noviembre de 2007, el *Wall Street Journal* informaba de que:

un número cada vez mayor de directivos de la industria petrolera favorecen una idea que durante mucho tiempo se consideró marginal: el mundo se está aproximando a un límite práctico del número de barriles de petróleo crudo que pueden bombearse cada día [...] Los casi defensores [de la tesis del pico de petróleo], que van desde altos ejecutivos de empresas petroleras occidentales hasta cargos actuales y ex cargos de los principales países exportadores del mundo, no creen el tanque global de petróleo se encuentre medio vacío. Sin embargo, comparten la creencia de que

JOHN BELLAMY FOSTER, BRETT CLARK Y RICHARD YORK • 55

se aproxima un techo global de producción por otras razones: un acceso restringido a los campos petrolíferos, una espiral de costes y una geología de yacimientos petrolíferos cada vez más compleja. Eso dará lugar a una meseta de producción, y no a un pico, según sostienen, en la que la producción de petróleo se mantendrá relativamente constante, en lugar de elevarse o disminuir.

El artículo del *Wall Street Journal* se refería a las estimaciones de la Asociación para la Investigación Energética de Cambridge, que afirman que el techo no se alcanzará hasta 2030 y que se manifestará al principio como una «meseta ondulada». Pero el artículo del *Journal* también tomaba en serio las opiniones de Simmons, quien señalaba que, debido al descenso de la producción de los campos petrolíferos, hacía falta un incremento medio de la producción diaria de petróleo equivalente a diez veces la producción actual de Alaska «simplemente para seguir tal y como estamos». En realidad, «como muy tarde», sugería, la crisis asociada al pico mundial de la producción de petróleo convencional llegaría «entre 2008 y 2012». Haciéndose eco de muchas de esas preocupaciones, algunos ejecutivos del petróleo han lanzado el fantasma de un techo en el suministro de petróleo (convencional y no convencional) de 100 millones de barriles, con lo que el abastecimiento de petróleo sería probablemente insuficiente para satisfacer la demanda esperada dentro de una década o menos.<sup>22</sup>

#### **Países productores de petróleo que han superado el pico de producción (año del pico)**

Austria (1955), Alemania (1967), Estados Unidos (48 estados del sur, 1971), Canadá (petr. conv., 1974), Rumania (1976), Indonesia (1977), Estados Unidos (Alaska, 1989), Egipto (1993), India (1995), Siria (1995), Gabón (1997), Malasia (1997), Argentina (1998), Venezuela (1998), Colombia (1999), Ecuador (1999), Reino Unido (1999), Australia (2000), Omán (2001), Noruega (2001), Yemen (2001), Dinamarca (2004), México (2004)

Fuente: Energy Watch Group, *Crude Oil: The Supply Outlook*, octubre de 2007, p. 11, [http://www.energywatchgroup.org/fileadmin/global/pdf/EWG\\_Oilreport\\_10-2007.pdf](http://www.energywatchgroup.org/fileadmin/global/pdf/EWG_Oilreport_10-2007.pdf).

Dado que parece que hemos entrado en una meseta de producción de petróleo, y que el abastecimiento de petróleo parece estancado en un nivel 85 mb/d, no es sorprendente que algunos analistas crean que ya hemos alcanzado el pico de petróleo. Así pues, Simmon y el multimillonario de Texas Oil T. Boone Pickens han planteado ambos la cuestión de si el pico se alcanzó en 2005, mientras que el Energy Watch Group, con sede en Alemania e integrado tanto por científicos como por miembros del Parlamen-

to alemán, sostiene que «la producción mundial de petróleo [...] tocó techo en 2006».<sup>23</sup>

Por supuesto, en público, el problema del pico de producción de petróleo ha sido calificado por las fuentes del *establishment* y los medios de comunicación como una «cuestión marginal». Sin embargo, durante la década pasada, la cuestión se ha abordado sistemáticamente y con creciente preocupación entre los estratos más elevados de la sociedad capitalista: dentro de los Estados y de las grandes corporaciones.<sup>24</sup> En febrero de 2005, el Departamento de Energía de los Estados Unidos publicó un importante informe que había encargado con el título *Peaking of World Oil Production: Impacts, Mitigation, and Risk Management* [El pico de la producción mundial de petróleo: impacto, mitigación y gestión del riesgo]. El director del proyecto era Robert L. Hirsch, de Science Applications International Corporation. Hirsch había ocupado antes puestos directivos en la Comisión de la Energía Atómica estadounidense, en Exxon y en ARCO. El informe de Hirsch concluía que el pico de producción de petróleo estaba a poco más de dos décadas de distancia o incluso más próximo. «Hasta las predicciones más optimistas», afirmaba, «sugieren que el pico mundial de petróleo tendrá lugar en menos de veinticinco años». Sin embargo, en lo que más insistía el informe encargado a Hirsch por el Departamento de Energía era en el tema de la imponente transformación de la economía que sería necesaria y, en particular, en el transporte para mitigar los efectos nocivos del fin del petróleo barato. El enorme problema que suponía la transformación de toda la flota estadounidense de coches, camiones y aviones en tan solo un cuarto de siglo (como mucho) se creía que era una dificultad insoluble.<sup>25</sup>

En octubre de 2005, Hirsch redactó un análisis para el *Bulletin of the Atlantic Council of the United States* [Boletín del Consejo Atlántico de los Estados Unidos] sobre «El inevitable pico de la producción mundial de petróleo». Allí declaraba que «las transiciones anteriores (de la madera al carbón, del carbón al petróleo, etc.) habían sido paulatinas y evolutivas; el pico del petróleo será abrupto y revolucionario. El mundo jamás se ha enfrentado a un problema como este. Si no se mitiga de forma generalizada al menos una década antes de que sea un hecho, el problema será profundo y muy duradero».<sup>26</sup>

De forma parecida, el ejército estadounidense publicó un importante informe propio en septiembre de 2005 en el que sostenía:

El hecho de que el precio del petróleo se doblara entre 2003 y 2005 no es una anomalía, sino un reflejo del futuro. La producción de petróleo se acerca a su techo; en

JOHN BELLAMY FOSTER, BRETT CLARK Y RICHARD YORK • 57

los próximos 5 a 10 años es de esperar que la disponibilidad de crudo crezca poco. Cuando la producción mundial de petróleo llegue a su cima, la geopolítica y la economía de mercado provocarán aumentos de precio y riesgos para la seguridad aún más significativos. Solo es posible especular sobre las consecuencias de dicho escenario, mientras la producción mundial de petróleo desciende.<sup>27</sup>

De hecho, para el año 2005 existían pocas dudas en círculos gobernantes sobre la probabilidad de que hubiera una grave escasez de petróleo o sobre el hecho de que el pico de petróleo estaba cerca o muy cerca. En el *World Energy Outlook* [Perspectiva energética mundial] de 2005, la AIE planteaba la cuestión de las afirmaciones de Simmons en su obra *Twilight in the Desert* [Penumbra en el desierto] según las cuales el yacimiento petrolífero de Ghawar, en Arabia Saudita, el mayor del mundo, «podría», en palabras de la AIE, «estar próximo a tocar techo, si es que no lo ha hecho ya». Igualmente, el Departamento de Energía estadounidense, que inicialmente había rechazado la valoración de Simmons, dio marcha atrás entre 2004 y 2006 y rebajó su previsión de producción de petróleo para Arabia Saudita en 2025 en un 33%.<sup>28</sup>

En febrero de 2007, la Oficina de Responsabilidad del Gobierno estadounidense (Government Accountability Office, o GAO en sus siglas inglesas), publicó un informe de setenta y cinco páginas sobre el petróleo crudo titulado *Crude Oil*, y con el significativo subtítulo de: *La incertidumbre sobre el abastecimiento futuro de petróleo hace que sea importante desarrollar un estrategia para ocuparse del pico y el declive de la producción de petróleo*. El informe afirmaba que casi todos los estudios habían mostrado que el pico de la producción mundial de petróleo tendría lugar en algún momento antes de 2040, y que las agencias federales de los Estados Unidos aún no habían empezado a ocuparse de la cuestión de los preparativos nacionales que eran necesarios para enfrentarse a esa inminente emergencia. Para la GAO, la amenaza de una importante escasez de petróleo era aún peor si se tenían en cuenta los riesgos políticos asociados a cuatro países que representaban casi un tercio de las reservas mundiales (convencionales) de petróleo: Irán, Irak, Nigeria y Venezuela. El hecho de que Venezuela poseyera «casi el 90% de las reservas mundiales demostradas de petróleo extra-pesado» hacía aún más notorio que dicho país constituía un «riesgo político» significativo desde la perspectiva de Washington.<sup>29</sup>

En abril de 2008, Jeroen van der Ver, presidente de Royal Dutch Shell, declaraba que «no nos sorprendería que ese petróleo [fácil] alcanzara su techo en algún momento dentro de los próximos diez años». Como consecuencia de toda una combinación de factores, entre los que figuraban el

déficit productivo y el descenso del dólar, en mayo de 2008 el petróleo alcanzó los más de 135 dólares el barril (el precio medio era de 66 dólares en 2006 y 72 dólares en 2007). En ese mismo mes, Goldman Sachs sacudía los mercados mundiales de capitales al considerar que el precio del petróleo podía elevarse hasta los 200 dólares el barril en los próximos dos años. Los intereses petroleros occidentales se sintieron especialmente consternados por el hecho de que el inicio de la producción del yacimiento petrolífero de Kashagan, en Kazajstán, considerado el mayor yacimiento del mundo fuera de Oriente Medio, se retrasaba ocho años sobre lo previsto debido, en parte, a que las aguas permanecían heladas la mitad del año. Para mayo de 2008, la AIE, según los analistas del *New York Times*, se estaba preparando para rebajar su predicción de la producción de petróleo para el año 2030 de 116 mb/d a no más de 100 mb/d.<sup>30</sup>

Fue la alarma desatada por los precios de la gasolina y la seguridad energética nacional (y, sin duda, el espectro del pico de producción mundial de petróleo) lo que en 2006 llevó a la Administración Bush a adoptar una postura más agresiva para el fomento de la producción de etanol a partir de maíz como combustible sustitutivo. En parte como consecuencia de ello, el precio del grano subió drásticamente en todo el mundo. Tal y como escribía el ecologista Lester R. Brown en su obra *Plan B 3.0*: «De repente, el mundo se enfrenta a una cuestión moral y política sin precedentes: ¿Deberíamos utilizar el grano como combustible para los coches o para alimentar a la gente?».<sup>31</sup>

### El nuevo imperialismo energético

La respuesta de los círculos de seguridad estadounidenses a la aparente meseta en la producción de petróleo, a la desaparición del excedente de capacidad productiva de petróleo y a los crecientes temores de un pico del petróleo fue veloz. En octubre de 2005, el CSIS publicó otro informe, esta vez sobre *Riesgos cambiantes en el abastecimiento y la demanda global de petróleo* [*Changing Risks in Global Oil Supply and Demand*], redactado por Anthony Cordesman (durante mucho tiempo analista de seguridad nacional para el Departamento de Defensa estadounidense y en la actualidad titular de una cátedra Arleigh A. Burke de Estrategia en el CSIS) y Khalid R. Al-Rodhan (analista estratégico especializado en temas del golfo Pérsico). Cordesman y Al-Rodhan citaban la predicción de la AIE en su informe de 2004, *World Energy Outlook*, según la cual la producción global de petróleo no «llegaría a su cima antes de 2030 si se realizaban las inversio-



JOHN BELLAMY FOSTER, BRETT CLARK Y RICHARD YORK • 59

nes necesarias». El problema inmediato era más bien la «falta de inversión» en Oriente Medio. Aun así, tampoco cabía descontar completamente la cuestión del pico de petróleo. Por lo tanto, Cordesman y Al-Rodhan señalaban que «algunos analistas han cuestionado la capacidad del Reino saudita para satisfacer repuntes repentinos de la demanda a causa de la falta de un excedente de capacidad de producción, y otros (como Matthew Simmons) han calculado que la producción saudita podría estar encaminándose hacia un periodo de descenso sostenido».

«La estabilidad en las regiones exportadoras de petróleo», añadían Cordesman y Al-Rodhan, «es endeble en el mejor de los casos. Argelia, Irán e Irak presentan todos ellos problemas inmediatos de seguridad, pero la experiencia reciente ha mostrado que los países exportadores de África, el mar Caspio y Sudamérica no son más estables que los del golfo. En Nigeria ha habido sabotajes contra los oleoductos; en Venezuela, huelgas de trabajadores; en Rusia, supuesta corrupción, y en Uzbekistán y otros países de la antigua Unión Soviética, desórdenes civiles».<sup>32</sup>

Aún más importante que el estudio del CSIS fue un informe del Consejo de Relaciones Exteriores de 2006, presidido por el antiguo director de la CIA, John Deutch, y Schlesinger, que llevaba por título *National Security Consequences of U.S. Oil Dependency* [Consecuencias para la seguridad de la dependencia petrolera estadounidense]. El informe de Deutch y Schlesinger se centraba en la inadecuación de la capacidad de producción de petróleo ahora que la OPEP ya no tenía el excedente de capacidad necesario para mantener los precios bajo control. La producción de los yacimientos existentes de petróleo convencional estaba «descendiendo, como media, un 5% anual (aproximadamente unos 4,3 millones de barriles diarios) y, por lo tanto, incluso mantener los niveles actuales de consumo» sería enormemente difícil. Además, «el agotamiento de los yacimientos convencionales, sobre todo de aquellos próximos a los grandes mercados de Estados Unidos, Europa occidental y Asia, significaba que la producción y el transporte de petróleo serían aún más dependientes de una infraestructura que ya es vulnerable». Los grandes proveedores de energía como Rusia, Irán y Venezuela estaban utilizando el petróleo para perseguir objetivos nacionales y geopolíticos, en lugar de reinvertir lo recaudado con el petróleo. Arabia Saudita, Irak, Irán y el África occidental eran centros de inestabilidad. China estaba intentando «atar» las provisiones de petróleo de África, el mar Caspio y todos los demás lugares.

Aunque el informe de Deutch y Schlesinger discutía algunas medidas por el lado de la demanda para reducir el consumo de petróleo y la dependencia estadounidense, resaltaba también el papel creciente que tenía el

ejército de los Estados Unidos a la hora de asegurar el suministro de petróleo. Así pues, el informe declaraba que «los Estados Unidos deberían esperar y apoyar una postura militar fuerte [en el golfo Pérsico en particular] que permitiera un desarrollo adecuadamente rápido en la región si es necesario [...] Cualquier nación (o subgrupo nacional) que contemple la violencia de cualquier escala debe tener en cuenta la posibilidad de que los Estados Unidos adopten medidas de prevención, intervención o represalia».<sup>33</sup>

No menos significativo fue un «informe sobre políticas» de abril de 2007 publicado por el Instituto James A. Baker III de Políticas Públicas sobre «El cambio del papel de las compañías petroleras nacionales en los mercados energéticos internacionales» [*The Changing Role of National Oil Companies in International Energy Markets*]. Después de recalcar que las compañías petroleras nacionales controlaban entonces el 77% del total de reservas mundiales, mientras que las compañías petroleras multinacionales occidentales controlaban un mero 10%, el informe defendía que esa era la cuestión clave para gestionar el problema actual del abastecimiento mundial de petróleo. «Si los Estados Unidos pudieran hacer realidad sus deseos de un mundo favorable a sus términos comerciales y a su estatus de superpotencia», el Instituto Baker llegaba a sostener,

se privatizarían todas las corporaciones petroleras nacionales, los inversores extranjeros recibirían el mismo trato que las compañías locales y se disolvería la OPEP, lo que permitiría que el libre comercio y que los mercados competitivos proveyeran la energía requerida en todo el mundo a precios que solo vendrían determinados por el mercado. Sin embargo, es difícil imaginar las razones por las que todos los países productores de petróleo podrían estar de acuerdo con eso [...] A la vista de esa realidad, los Estados Unidos tendrán que aceptar la existencia de compañías petroleras nacionales como cosas de la vida, pero deberían fomentar las acciones necesarias para que sus actividades tengan un talante más empresarial, transparente y, en la medida de lo posible, libre de onerosas interferencias gubernamentales.

Sobre todo, el objetivo imperial de los Estados Unidos debería ser el de «romper» allí donde sea posible «el monopolio del poder de los productores de petróleo» y la utilización de sus recursos petroleros para perseguir objetivos nacionales distintos de los puramente comerciales. El ejemplo principal de esa interferencia del Estado en la producción de petróleo, según sostenía el informe del Instituto Baker, era la Venezuela liderada por Hugo Chávez. No solo la revolución bolivariana había priorizado «las políticas de desarrollo nacional del Gobierno» y «las inversiones sociales y culturales» por encima de «las estrategias de desarrollo comercial», sino que

JOHN BELLAMY FOSTER, BRETT CLARK Y RICHARD YORK • 61

también había utilizado el petróleo como instrumento de «actividad política exterior». Eso podía apreciarse en los acuerdos por motivos geopolíticos con Bolivia, Ecuador, Nicaragua y las naciones caribeñas. Otro caso de utilización geoestratégica del poder del petróleo era Irán, que había amenazado con que «podía bloquear una vía vital de tránsito petrolero, el estrecho de Ormuz», si había de hacer frente a un ataque militar estadounidense. Un peligro crítico contra el que los Estados Unidos debían protegerse era el de una alianza «hostil» entre grandes Estados productores/consumidores de petróleo, como Rusia, China, Irán y los Estados del Asia central. Otra consideración clave en la geopolítica del problema del petróleo, según subrayaba el Instituto Baker, era la continua inestabilidad política de Irak. A pesar de los intentos de Washington por estabilizar el país, la agitación política y la guerra seguían en marcha e impedían la explotación del petróleo del desierto occidental de Irak.<sup>34</sup>

El empeoramiento de la situación petrolera ha provocado el rápido desarrollo sobre el terreno del imperialismo energético estadounidense, más allá de las guerras sostenidas en Irak y Afganistán. La seguridad de Arabia Saudita sigue siendo un centro de atención primordial. Los planes de Washington de una enorme expansión de la inversión y la producción de Arabia Saudita, que, según el Departamento de Energía estadounidense, debería doblar su producción de petróleo para 2030, dependen de que la monarquía feudal se mantenga en su lugar. Mientras tanto, existen allí crecientes tensiones sociales, derivadas de la distribución fuertemente desigual de los ingresos petroleros del país. El 90% de los empleos del sector privado van a parar a extranjeros. Los sexos están completamente segregados. La estructura represiva de la sociedad oculta un inmenso resentimiento popular. Cualquier desestabilización de la sociedad es probable que provocara la intervención militar de los Estados Unidos. Tal y como ha escrito Howard Kunstler en *The Long Emergency* [La prolongada emergencia], «una superpotencia desesperada tal vez no tuviera ninguna otra opción que intentar controlar los mayores yacimientos petrolíferos que aún quedan en el planeta a cualquier precio», sobre todo si se enfrenta a la creciente rivalidad de otros Estados.<sup>35</sup>

Los Estados Unidos han intentado contrarrestar la posibilidad de una alianza energética entre Rusia, China, Irán y los Estados del Asia central mediante la extensión de sus bases militares en Afganistán y Asia central, sobre todo su base aérea de Manas, en Kirguizistán, en la frontera con Kazajstán, rica en petróleo.

Mientras tanto, las amenazas de una intervención militar «preventiva» dirigida contra Irán han sido continuas con el argumento de sus supuestos

intentos de obtener armas nucleares mediante una agresiva búsqueda de la energía nuclear, así como de su «injerencia» en Irak. La búsqueda de la energía nuclear en Irán, tal y como ha confirmado un estudio de 2007 publicado en los *Proceedings of the National Academy of Sciences* [Actas de la Academia Nacional de Ciencias], se debe a un descenso de la exportación de petróleo del 10-12%, consecuencia del aumento de la demanda interna de energía, al que se suma la elevada tasa de agotamiento de los yacimientos petrolíferos y la falta de aumento de la inversión en ampliación de la capacidad extractora. Eso ha llevado a Irán recientemente a ser incapaz de cumplir con su cuota de exportación de petróleo de la OPEP. La tendencia actual indica la posibilidad de que las exportaciones de petróleo de Irán desciendan hasta cero para 2014-2015. Desde la perspectiva de los analistas energéticos y de seguridad nacional occidentales, el Gobierno de Irán y sus compañías petroleras nacionales han adoptado la política monopolista de infrainvertir en petróleo y reducir deliberadamente la producción en espera de un aumento continuado de precios, con lo que están restringiendo la savia que alimenta la economía mundial.<sup>36</sup>

En los pocos últimos años, el ejército estadounidense ha aumentado fuertemente sus bases y sus operaciones en África, sobre todo en el golfo de Guinea. Los Estados Unidos esperan obtener de África un 20% de sus importaciones de petróleo para el año 2010, y un 25% para el 2015. El ejército de Estados Unidos creó una comandancia independiente para África en 2007, a fin de dirigir todas las operaciones militares del país en África (excepto en Egipto). Washington considera que está en competencia directa con Pekín por el petróleo africano, una competencia que contempla en términos no únicamente económicos, sino también de estrategia militar.<sup>37</sup>

Los intereses que gobiernan Estados Unidos han incrementado también las amenazas dirigidas contra Venezuela, Ecuador, Bolivia y otros Estados latinoamericanos, y los ha acusado de practicar un «nacionalismo de los recursos» para presentarlos como un peligro para la seguridad nacional estadounidense. Washington ha protagonizado un intento tras otro de deponer al presidente democráticamente electo de Venezuela, Hugo Chávez, y derrocar la revolución bolivariana venezolana, con el claro objetivo de un cambio de régimen. Entre las medidas adoptadas se cuentan el refuerzo de su masiva intervención militar en Colombia y el respaldo a las intrusiones del ejército colombiano en los países vecinos. En 2006, la Comandancia del Sur estadounidense llevó a cabo un estudio interno en el que se declaraba que Venezuela, Bolivia, Ecuador y, tal vez, incluso México (que en ese momento se enfrentaba a unas elecciones con un posible resultado populista) representaban un grave peligro para la seguridad ener-

JOHN BELLAMY FOSTER, BRETT CLARK Y RICHARD YORK • 63

gética de los Estados Unidos. «Mientras siguen pendientes de un cambio favorable a un clima de inversión», se afirmaba, «las perspectivas de producción de energía a largo plazo en Venezuela, Ecuador y México están actualmente en peligro». La amenaza militar resultaba evidente.<sup>38</sup>

Todo ello es coherente con la historia del capitalismo y la respuesta de las potencias hegemónicas a unas fuerzas globales que escapan en gran medida a su control. El nuevo imperialismo energético estadounidense ya está provocando crecientes guerras, que podrían volverse realmente globales mientras Washington procura salvaguardar la economía capitalista existente para evitar el declive de su propia hegemonía. Tal y como ha advertido Simmons, «si no encontramos una solución a la enorme distancia potencial entre nuestra demanda inherente de energía y la disponibilidad energética, tendremos la peor y última guerra que jamás hayamos librado. Y me refiero a una guerra literal».<sup>39</sup>

En enero de 2008, Carlos Pascual, vicepresidente de la Brookings Institution y ex director de la Oficina de Reconstrucción y Estabilización de la Administración Bush, publicó un análisis de «La geopolítica de la energía» que subrayaba la dependencia de facto del capitalismo estadounidense de la producción de petróleo de «Arabia Saudita, Rusia, Irán, Irak, Venezuela, Nigeria y Kazajstán», todos ellos países que planteaban un gran riesgo para la seguridad. «Debido a las disputas comerciales, la inestabilidad interior o la ideología, Rusia, Venezuela, Irán, Nigeria e Irak no están invirtiendo en nueva capacidad de producción a largo plazo». En consecuencia, eso representaba para Washington un problema tanto económico como militar.<sup>40</sup>

Especialmente molesta en esta nueva fase de imperialismo energético es la ausencia de resistencia interna por parte de las poblaciones de los propios países capitalistas centrales. Así pues, las publicaciones de la izquierda liberal de las naciones ricas a menudo se aprovechan de los prejuicios de sus lectores (golpeados por los aumentos del precio de la gasolina) y los conminan a apoyar un imperialismo petrolero diseñado para salvaguardar el capitalismo occidental. David Litvin, en su artículo de 2006 «Oil, Gas and Imperialism» [Petróleo, gas e imperialismo] para el *Guardian* londinense, afirmaba que «es preciso reconocer la inevitabilidad del moderno imperialismo energético». Se resaltaban allí las amenazas de Rusia, la OPEP, Venezuela y Bolivia. Los Estados Unidos habían invadido Irak, se nos decía, en parte por motivos de «seguridad petrolera». En clara simpatía con esa forma de imperialismo energético que «implica que los Estados consumidores lleven a cabo [intervenciones] políticas o militares [...] para asegurarse el abastecimiento», Litvin concluía: «El imperialismo energéti-

co seguirá estando con nosotros, y [por lo tanto] los esfuerzos deben concentrarse en hacer que este resulte ser una fuerza más benigna».<sup>41</sup>

Del mismo modo, Joshua Kurlantzick, colaborador de *Mother Jones*, escribía un artículo titulado «Put a Tyrant in Your Tank» [Ponga a un tirano en el depósito] para la entrega de mayo-junio de la revista, en el que atribuía los problemas de suministro de petróleo a las compañías petroleras nacionales y sostenía (en referencia al informe del Instituto Baker sobre «El cambio del papel de las compañías petroleras nacionales») que el petróleo estaría mejor guardado si estuviera en manos de las compañías petroleras multinacionales, como antaño. Estas últimas, se les explicaba a los lectores, «tal vez adulen a regímenes crueles [...] pero, al menos, están obligadas a responder ante las críticas del público». Kurlantzick incluía reiteradas críticas a Hugo Chávez en Venezuela por su «nacionalismo de los recursos», y llegaba a comparar Venezuela con Birmania y Rusia como regímenes «autoritarios y corruptos», citando un estudio de la neoconservadora Freedom House, financiada en gran parte por el Gobierno estadounidense. El artículo de *Mother Jones* también daba crédito al estudio interno realizado en 2006 por la Comandancia del Sur del Pentágono que vinculaba los peligros de seguridad nacional de los Estados Unidos al nacionalismo de los recursos de Venezuela, Bolivia y Ecuador. Otros Estados petroleros sometidos a graves críticas eran Irán, Rusia, Kazajstán, Nigeria y Libia. Las compañías petroleras estatales chinas eran también blanco de acusaciones por su agresividad a la hora de buscar petróleo en todo el mundo y por su falta de escrúpulos medioambientales. El imperialismo energético estadounidense se consideraba, pues, justificado por la supuestamente progresista *Mother Jones*, que básicamente depositaba sus esperanzas y su confianza en las grandes compañías petroleras y en el Pentágono.<sup>42</sup>

### ¿Una conflagración planetaria?

La suprema ironía con respecto a la crisis del pico de petróleo es, por supuesto, que el mundo está descendiendo rápidamente por la vía del cambio climático derivado de la quema de combustibles fósiles, lo que amenaza en cuestión de décadas la civilización humana y la vida sobre el planeta. A menos que se reduzcan drásticamente las emisiones de dióxido de carbono procedentes del consumo de dicho tipo de combustibles, nos aguarda una catástrofe global. Para los ecologistas, por lo tanto, el pico de petróleo no constituye una tragedia en sí mismo, ya que el desafío clave al que se enfrenta la humanidad en estos momentos es el de desenganchar al

JOHN BELLAMY FOSTER, BRETT CLARK Y RICHARD YORK • 65

mundo de su excesiva dependencia de los combustibles fósiles. La interrupción de los presupuestos para energía solar que permitían los hidrocarburos ha generado una escisión biosférica que, si no se aborda rápidamente, pondrá fin al futuro.<sup>43</sup>

Sin embargo, el consumo de altos niveles de combustibles fósiles y, sobre todo, de petróleo es algo incrustado en la estructura de la actual economía capitalista mundial. La respuesta inmediata del sistema al final del petróleo fácil ha sido, por lo tanto, el recurso a un nuevo imperialismo energético, una estrategia de máxima extracción por cualquier medio posible con el objeto de aplacar lo que Rachel Carson denominó una vez «los dioses de las ganancias y la producción».<sup>44</sup> Sin embargo, dicha estrategia amenaza con múltiples conflagraciones globales: el calentamiento global, el pico de petróleo, el veloz aumento del hambre en el mundo (consecuencia en parte de la creciente producción de biocombustibles) y la guerra nuclear, todo ello para asegurar un sistema que tiende a una creciente desigualdad.

A la vista de los inmensos peligros a los que se enfrenta ahora la vida en el planeta, el mundo necesita desesperadamente tomar un nuevo rumbo hacia el bienestar comunitario y la justicia global: un socialismo para el planeta. Hay que entender que el enorme peligro al que ahora hace frente la especie humana no se debe principalmente a las limitaciones del medio natural, ni geológicas ni climáticas, sino que es consecuencia de un sistema social desquiciado que está perdiendo el control y, más específicamente, del imperialismo estadounidense. Ese es el desafío de nuestra época.

## Notas

1. El influyente analista político de línea convencional (y antiguo estratega de la Casa Blanca con Nixon) Kevin Phillips ha sostenido recientemente que el petróleo de Oriente Medio y de todos los demás lugares se ha convertido tal vez en el factor estratégico (no monetario) más importante por sí solo en la «crisis global del capitalismo estadounidense» y está muy vinculado a la necesidad mundial de cambiar a un «nuevo régimen energético». Véase Phillips, *Bad Money: Reckless Finance, Failed Politics, and the Global Crisis of American Capitalism*, Viking, Nueva York, 2008, pp. 124-127. En realidad, es posible considerar la lucha por el control del petróleo mundial como eje central de la nueva geopolítica del imperio estadounidense, diseñada al mismo tiempo para combatir el declive de la hegemonía estadounidense. Véase John Bellamy Foster, «A Warning to Africa: The New U.S. Imperial Grand Strategy», *Monthly Review* 58, n° 2, junio de 2006, pp. 1-12.
2. Michael T. Klare, *Blood and Oil*, Henry Holt, Nueva York, 2004, p. 82.
3. Colin J. Campbell y Jean H. Laherrère, «The End of Cheap Oil», *Scientific American*, marzo de 1998, pp. 78-83; Agencia Internacional de la Energía, *World Energy Outlook, 1998*, OCDE, París, 1998, pp. 94-103.

4. Matthew R. Simmons, «Has Technology Created \$10 Oil?», *Middle East Insight*, mayo-junio de 1999, pp. 37, 39.
5. Matthew R. Simmons, «An Oil Man Reconsiders the Future of Black Gold», *Good Magazine*, 11 de febrero de 2008, [http://www.goodmagazine.com/section/Features/the\\_accidental\\_environmentalist/](http://www.goodmagazine.com/section/Features/the_accidental_environmentalist/). La inserción entre corchetes en la cita pertenece al original.
6. Matthew R. Simmons, *Twilight in the Desert: The Coming Saudi Oil Shock and the World Economy*, John Willey and Sons, Hoboken (Nueva Jersey), 2005.
7. John Wood y Gary Long, «Long Term World Oil Supply (A Resource Base/Production Path Analysis)», Energy Information Administration, U.S. Department of Energy, 28 de julio de 2000, [http://www.eia.doe.gov/pub/oil\\_gas/petroleum/presentations/2000/long\\_term\\_supply/](http://www.eia.doe.gov/pub/oil_gas/petroleum/presentations/2000/long_term_supply/).
8. Véase Klare, *Blood and Oil*, pp. 13-14.
9. Sam Nunn y James R. Schlesinger (copresidentes), *The Geopolitics of Energy into the 21<sup>st</sup> Century*, 3 volúmenes, Center for Strategic and International Studies, Washington D.C., noviembre de 2000, vol. 1, pp. xvi-xxiii; vol. 2, pp. 30-31; vol. 3, p. 19.
10. Edward L. Morse (presidente), *Strategic Energy Policy Challenges for the 21<sup>st</sup> Century*, copatrocinado por el Instituto de Política Pública James A. Baker III de la Universidad de Rice y el Consejo de Relaciones Exteriores, Council on Foreign Relations Press, Washington D.C., abril de 2001, <http://www.cfr.org/content/publications/attachments/Energy%20TaskForce.pdf>, pp. 3-17, 29, 43-47, 84-85, 98; véase también Edward L. Morse, «A New Political Economy of Oil?» *Journal of International Affairs* 53, n° 1, otoño de 1999, pp. 1-19.
11. Casa Blanca, *National Energy Policy* (Cheney Report), mayo de 2001, <http://www.whitehouse.gov/energy/National-Energy-Policy.pdf>, pp. 1-13, 8-4; Departamento de Energía, Administración para la Información Energética, *International Economic Outlook*, 2001, [http://www.eia.doe.gov/oiaf/archive/ieo01/pdf/0484\(2001\).pdf](http://www.eia.doe.gov/oiaf/archive/ieo01/pdf/0484(2001).pdf); *International Petroleum Outlook*, abril de 2008, tablas 4.1b y 4.1d; Klare, *Blood and Oil*, pp. 15, 79-81.
12. Klare, *Blood and Oil*, pp. 82-83.
13. Alan Greenspan, *The Age of Turbulence*, Penguin, Londres, 2007, pp. 462-463 (trad. española: *La era de la turbulencia*, Ediciones B, Barcelona, 2008).
14. Instituto James A. Baker para la Política Pública, «The Changing Role of National Oil Companies in International Markets», *Baker Institute Policy Report*, n° 35, abril de 2007, [http://www.bakerinstitute.org/publications/BL\\_PolicyReport\\_35.pdf](http://www.bakerinstitute.org/publications/BL_PolicyReport_35.pdf), pp. 1, 10-12, 17-19.
15. Fareed Muhamedi y Raad Alkadiri, «Washington Makes Its Case for War», *Middle East Report*, n° 224, otoño de 2002, p. 5; John Bellamy Foster, *Naked Imperialism*, Monthly Review Press, Nueva York, 2006, p. 92.
16. Departamento de Energía de EE.UU., Administración para la Información Energética, *International Petroleum Monthly*, abril de 2008, tablas 4.1b y 4.1d.
17. Richard Heinberg, *The Party's Over*, New Society Publishers, Garbiola Island (Columbia Británica), 2005, pp. 127-128; Michael Klare, *Rising Powers, Shrinking Planet*, Henry Bolt, Nueva York, 2008, p. 41; Greenpeace, «Stop the Tar Sands/Water Pollution», <http://www.greenpeace.org/canada/en/campaigns/tarsands/threats/water-pollution>.
18. *Energy Watch Group*, *Crude Oil: The Supply Outlook*, octubre de 2007, [http://www.energy-watchgroup.org/fileadmin/global/pdf/EWG\\_Oilreport\\_10-2007.pdf](http://www.energy-watchgroup.org/fileadmin/global/pdf/EWG_Oilreport_10-2007.pdf), pp. 33-34.
19. La distinción entre defensores «iniciales» y «tardíos» de la tesis del pico de petróleo aparece en Richard Heinberg, *The Oil Depletion Protocol*, New Society Publishers, Garbiola Island (Columbia Británica), 2006, pp. 17-23. Como obras representativas de la perspectiva de los defensores iniciales, véase Kenneth S. Deffeyes, *Hubbert's Peak*, Princeton University Press, Princeton, 2001; David Goodstein, *Out of Gas*, W. W. Norton, Nueva York, 2004, y Heinberg, *The Party's Over*: El principal representante independiente de la tesis



JOHN BELLAMY FOSTER, BRETT CLARK Y RICHARD YORK • 67

- de los defensores tardíos es la Asociación para la Investigación Energética [*Energy Research Associates*]. Véase <http://www.cera.com/aspx/cda/public1/home/home.aspx>.
20. Agencia Internacional de la Energía, *World Energy Outlook 1998*, pp. 83-84. La creciente prominencia del petróleo no convencional ha llevado recientemente a incrementar las referencias a los «combustibles líquidos», en oposición al «petróleo» como tal, en los informes del Departamento de Energía. Véase Michael T. Klare, «Beyond the Age of Petroleum», *The Nation*, 25 de octubre de 2007.
  21. Richard Heinberg, *Power Down*, New Society Publishers, Gabriola Island (Columbia Británica), 2004, p. 35; James Howard Kunstler, *The Long Emergency*, Atlantic Monthly Press, 2005, pp. 67-68. En un importante trabajo sobre las implicaciones del pico de petróleo para el calentamiento global, Pushker Kharecha y James Hansen, del Instituto Goddard de Estudios Espaciales de la NASA y el Instituto Tierra de la Universidad de Columbia, presentan un gráfico (para uno de los posibles escenarios) de una meseta de las emisiones de CO<sub>2</sub> derivadas del petróleo que se alarga desde 2016 hasta 2036. Pushker A. Kharecha y James E. Hansen, «Implications of “Peak Oil” for Atmospheric CO<sub>2</sub> and Climate», *Global Biogeochemistry*, 2008, [http://pubs.giss.nasa.gov/abstracts/inpress/Kharecha\\_Hansen.html](http://pubs.giss.nasa.gov/abstracts/inpress/Kharecha_Hansen.html), figura 3.
  22. «Oil Officials See Limit Looming on Production», *Wall Street Journal*, 11 de noviembre de 2007; Klare, *Beyond the Age of Petroleum*.
  23. Phillips, *Bad Money*, pp. 130-131, 153; Energy Watch Group, *Crude Oil: The Supply Outlook*, octubre de 2007, p. 71.
  24. Phillips interpreta que esa discrepancia entre el análisis de las altas esferas y el de los estamentos públicos de Washington se debe en gran medida al deseo de ocultarle al público la idea de que el propio sistema estadounidense está tocando techo. Véase Phillips, *Bad Money*, p. 127.
  25. Robert L. Hirsch, director del proyecto, *Peaking of World Oil Production: Impacts, Mitigation, and Risk Management*, Departamento de Energía de los Estados Unidos, febrero de 2005, [http://www.netl.doe.gov/publications/others/pdf/Oil\\_Peaking\\_NETL.pdf](http://www.netl.doe.gov/publications/others/pdf/Oil_Peaking_NETL.pdf), pp. 13, 23-25. Una postura distinta y más oficial fue la publicada por la EIA en 2004-2005 en la presentación sobre «When Will World Oil Production Peak» [Cuándo tocará techo la producción mundial de petróleo] del administrador Guy Caruso en la X Conferencia Anual sobre el Petróleo y el Gas, Kuala Lumpur, Malasia, 13 de junio de 2005. Sin embargo, el principal escenario que allí se consideraba calculaba que el pico mundial de petróleo se produciría en 2044, una fecha demasiado alejada de la propuesta por todos los demás estudios como para considerarla creíble. Véase <http://www.eia.doe.gov/ncic/speeches/Caruso061305.pdf>.
  26. Robert L. Hirsch, «The Inevitable Peaking of World Oil Production», *Bulletin of the Atlantic Council of the United States* 16, n° 2, octubre de 2005, p. 8.
  27. Daniel F. Fournier y Eileen T. Westervelt, Centro de Investigación y Desarrollo de Ingeniería del Ejército de los Estados Unidos, Cuerpo de Ingeniería de los Estados Unidos, *Energy Trends and their Implications for U.S. Army Installations*, septiembre de 2005, <http://www.globalpolicy.org/empire/challenges/overstretch/2005/09energytrends.pdf>, p. vii.
  28. Agencia Internacional de la Energía, *World Energy Outlook, 2005*, OCDE, París, 2005, pp. 510-512; Simmons, *Twilight in the Desert*, pp. 170-179; Klare, *Rising Powers, Shrinking Planet*, p. 38.
  29. United States Government Accountability Office, *Crude Oil: Uncertainty about Future Oil Supply Makes It Important to Develop a Strategy for Addressing a Peak and Decline in Oil Production*, 28 de febrero de 2007, pp. 4, 20-22, 35-38.

30. Bloomberg.com, «Goldman's Murti Says Oil "Likely" to Reach a \$150-\$200 (Update 5)», 6 de mayo de 2008; «The Cassandra Oil Prices», *New York Times*, 21 de mayo de 2008; Klare, *Rising Powers, Shrinking Planet*, pp. 121-122; Joroen van der Veer (entrevista), «Royal Dutch Shell CEO on the End of "Easy Oil"», [http://www.cfr.org/publication/15923/end\\_of\\_easy\\_oil.html?breadcrumb=%2F](http://www.cfr.org/publication/15923/end_of_easy_oil.html?breadcrumb=%2F); «Not Enough Oil Is Lament of BP, Exxon on Spending (Update 1)», Bloomberg.com, 19 de mayo de 2008; Mike Nizz, «Market Faces a Disturbing Oil Forecast», *The Lede (New York Times blog)*, 22 de mayo de 2008, <http://thelede.blogs.nytimes.com/2008/05/22/market-faces-a-disturbing-oil-forecast>.
31. Lester R. Brown, *Plan B 3.0*, W. W. Norton, Nueva York, 2008, p. 41; Fred Magdoff, «The World Food Crisis», *Monthly Review* 60, n° 1, mayo de 2008, pp. 1-15 (trad. española, «La crisis alimentaria mundial», *Monthly Review. Selecciones en castellano*, n° 10, Editorial Hacer, 2009), y «The Political Economy and Ecology of Agrofuels» («La economía política y la ecología de los biocombustibles»), en esta misma entrega.
32. Anthony H. Cordesman y Khalid R. Al-Rodhan, *The Changing Risks in Global Oil Supply and Demand*, Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales (CSIS), 3 de octubre de 2005 (primer borrador de trabajo), pp. 8, 13-19, 55-59, 79, 83.
33. John Deutch y James Schlesinger (directores), *National Security Consequences of U.S. Oil Dependency*, Consejo de Relaciones Exteriores, 2006, <http://www.cfr.org/publication/11683/>, pp. 3, 16-30, 48-56.
34. James A. Baker III Institute for Public Policy of Rice University, «The Changing Role of National Oil Companies in International Oil Markets», *Baker Institute Policy Report*, n° 35, abril de 2007, [http://www.bakerinstitute.org/publications/BI\\_PolicyReport\\_35.pdf](http://www.bakerinstitute.org/publications/BI_PolicyReport_35.pdf), pp. 1, 10-12, 17-19.
35. Kunstler, *The Long Emergency*, pp. 76-84; Baker Institute, «Changing Role of National Oil Companies», p. 12.
36. Roger Stern, «The Iranian Petroleum Crisis and the United States National Security», *Proceedings of the National Academy of Sciences* 104, n° 1, 2 de enero de 2007, pp. 377-382.
37. Foster, «A Warning to Africa»; Michael Watts, «The Empire of Oil: Capitalist Dispossession and the New Scramble for Africa», *Monthly Review* 58, n° 4, septiembre de 2006, pp. 1-17; Klare, *Rising Powers, Shrinking Planet*, pp. 146-176.
38. «U.S. Military Sees Oil Nationalism Spectre», *Financial Times*, 26 de junio de 2006; Consejo de Relaciones Exteriores, «The Return of Resource Nationalism», 13 de agosto de 2007, [http://www.cfr.org/publication/13989/return\\_of\\_resource\\_nationalism.html](http://www.cfr.org/publication/13989/return_of_resource_nationalism.html); Eva Gollinger, *Bush vs. Chávez*, Monthly Review Press, Nueva York, 2008.
39. Simmons, «An Oil Man Reconsiders the Future of Black Gold».
40. Carlos Pascual, «The Geopolitics of Energy», *Brookings Institution*, enero de 2008, <http://www.cfr.org/publication/15342/brookings.html>, pp. 3-4.
41. Daniel Litvin, *The Guardian* (Reino Unido), «Oil, Gas and Imperialismo», 4 de enero de 2006.
42. Joshua Kurlantzick, «Put A Tyrant in your Tank», *Mother Jones* 33, n° 3, mayo-junio de 2006, pp. 38-42, 88-89.
43. Véase el excelente capítulo de Richard Heinberg sobre «La conexión entre el pico de petróleo y el activismo contra el cambio climático» [Bridging Peak Oil and Climate Change Activism], en su obra *Peak Everything*, New Society Publishers, Gabriola Island, 2008, pp. 141-157. Sobre el concepto de escisión biosférica, véase Brett Clark y Richard York, «Carbon Metabolism: Global Capitalism, Climate Change, and the Biospheric Rift», *Theory & Society* 34, n° 4, 2005, pp. 391-428. En su trabajo sobre el pico de petróleo y el calentamiento global, Kharecha y Hansen presentan un escenario base de estabilización

JOHN BELLAMY FOSTER, BRETT CLARK Y RICHARD YORK • 69

del carbono atmosférico en el que las emisiones de CO<sub>2</sub> derivadas del petróleo tocan techo para el año 2016, debido principalmente al pico de la producción mundial de petróleo (con la mediación de factores económicos y sociales, además de geológicos). Si dicho pico tuviera lugar, sostienen, facilitaría la estabilización del carbono atmosférico en (o por debajo de) lo que los científicos consideran cada vez más que es el máximo nivel seguro de 450 partes por millón (asociado a un incremento de la temperatura media global de unos 2 °C por encima de la época preindustrial). Sin embargo, la estabilización del CO<sub>2</sub> atmosférico en ese nivel también requeriría que las emisiones de las centrales de carbón tocan techo para el año 2025 y que las centrales de carbón no sujetas a embargo se cerraran paulatinamente hasta cesar totalmente su funcionamiento «antes de mediados de siglo». Pusher y Kharecha, «Implications of “Peak Oil” for Atmospheric CO<sub>2</sub> and Climate».

44. Rachel Carson, *Lost Woods*, Beacon Press, Boston, 1998, p. 210.